

ar
as tus ca
vi a Madrid, que me
eter (Eso todavía está por de
are' antes de finalizar este me
le abril que me llegó a Paris don
mero con Mercedes Sanchez
también recibí en Madrid de
con Deleuz. Gracias por to
Germain Rey lo

*me cuenta
na carta del 26 de
que pigitas por la entrevista
estas pa... no olvidart
is nunca lo escribo...
a contarte Pero ante
1400 dolares y la carta muy
uedes estar tranquilo*

CIGARRA & HORMIGA APUNTES SOBRE ÉDGAR GARAVITO

Fernando Garavito*

* Abogado de la Universidad Javeriana. Ha publicado, entre otros libros, *Já* (1976), *Ilusiones y erecciones* (1989) y *País que duele - Reportajes de Juan Mosca* (1996). Actualmente es columnista de *El Espectador* y director del *Magazín* dominical de ese periódico.

1. Estar, sin estar estando

De él ya no queda nada. Un libro, una maleta, un viejo saco de paño azul gastado por el uso, unos zapatos. Y, claro, esta inmensa montaña de papeles, testigo de su vida, de sus estudios, de sus amores, de sus desolaciones. Aquí está él, en esta mínima cuenta de mercado, en este recado que comienza con la seguridad de que la tesis será pasada a máquina, en este horario con sus madrugadas para el arreglo, sus 8-12:30, Deleuze/ 9-12, Serres/ 7:30-11:15 Foucault, sus apuntes sobre un trabajo que comenzó ya no me acuerdo cuándo y terminó abrupta, injustamente, un lunes de febrero, cuando la muerte se interpuso en un camino que apenas comenzaba. Notas, notas, tachaduras, su exploración de Joyce y del Ulises, su única letra siempre clara, sus zetas como un nítido corte vertical que sale de la e, de la i, a la conquista de la línea de abajo, sus luminosas palabras, sus conceptos siempre iluminados. Este es el ser que conocí apenas conociéndolo. Aquí está también un cuento que comienza *Desde muy pequeño he amado a los pingüinos tratando de comprender su cálida rebeldía de atreverse a ser felices...*, está un poema inconcluso, un sueño, una mirada, todo ello escrito en series, en claves, en capítulos, en números y numeraciones, todo hallado —y entregado— en su manera de ser solo, de ser único, de ser irrepetible.

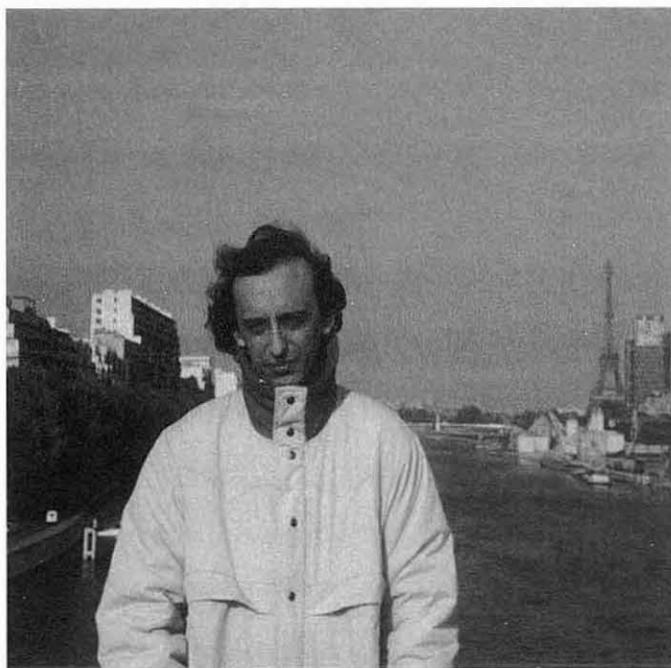
Este es su universo hermético, obediente a sus precisas normas de conducta. Sé que este es el tesoro de Morgan, no encontrado, siempre perseguido. Pero estoy quieto en la puerta de la madriguera sin atreverme a dar un paso, permanezco en mi sitio ojeando nombres, repasando palabras, la dirección de alguien que hace mucho no habrá vuelto a la 15, *Rue Daubenton, 5ème*, García Márquez y su obsesivo *Otoño*, Kant con su seriedad a toda prueba, y tantos más, James y Bakhtine y Deleuze presente en cada página, y la nota manuscrita de Deleuze (*Cher ami, je ne sais plus si j'avais pensé á t'en parler...*) dirigida a 28 Boulevard Exelmans, y la definición de Diálogo tomada por mamá del viejo diccionario Uteha de la casa del Polo (tomo IV, página 96), que él pidió por carta y guardó para siempre, y los *clips* y demás restos de su vida escolar, los precisos subrayados en rojo iguales a los que hacía en sus cuadernos de botánica, conservados también en este enorme río que no deja de pasar como un torbellino, las máquinas para pensar construidas con base en engranajes dinámicos e irrepetibles, los corchetes que precisan un mundo y los círculos para encerrar una palabra de relativo interés o los cuadrados para señalar que el

interés es mayor sin ser definitivo, y en ocasiones círculos dentro de cuadrados y enmendaduras con un *sí* minucioso para, sorprendentemente, salvarlas del olvido. Todo eso está aquí, en medio de un desorden que poco a poco se convierte en libro, su único libro/libro, la tesis con la que obtuvo mención de honor en París VIII, que iba a servirle de punto de partida para crear un pensamiento. De él ya no queda nada salvo lo que pudo llegar a ser y no fue hecho, que tal vez esté aquí sin estar estando, en un silencio que grita a voz en cuello, que exige, que explica, que habla, que requiere.

2. Anacoreta y discurso

Repito: todo eso está aquí, en esta habitación donde llegó la muerte. Y todo escapa. El gato ya no extraña la presencia de alguien que fue el centro de sus amores felinos, y ha comenzado la conquista de un nuevo territorio de calles y de tejados. La casa vuelve a su olor habitual de café y pan caliente, y otra vez se oyen en ella los opacos ruidos de los oficios domésticos, mientras de este caos comienza a surgir el universo. Es él, entonces, quien nos lleva de la mano para entender, entendernos, entenderlos. Aquí están sus primeros apuntes, sin una fecha exacta que ayude a distinguirlos, está ese "alguien" que "es una persona o son ideas que nos invaden, movimientos que nos *émeuvent*, sonidos que nos atraviesan, animales que vienen a poblarnos". En junio del 84 está el anacoreta que, con Santa Teresa, "va en dirección del abandono del cuerpo para replegarse en el discurso". Y en agosto del 83 está la Tesis 4: "Preparación texto Diálogo y Transcurso", y atrás el *frère Jacques* que es "una variación de la primera sinfonía de Mahler (arreglo para cuatro pianos) que va tomando vuelo", y el *Bésame mucho*, que viene de una canción de Félix Mendelssohn. Pero están también las desoladas fotografías de la última semana en Portugal, donde los maravillosos laberintos de Porto se tornan opresivos y la muerte adquiere en ellos su forma y estatura. Allí se encuentra agazapada, en las solitarias terrazas sobre el río, en los *parterres* abandonados, en los misteriosos árboles que guardan silencios sepulcrales. La última etapa de su vida estuvo hecha de una luminosa pero terrible soledad. Después del ruido de las ideas había encontrado el silencio de la sabiduría. Y trabajaba. Trabajaba con la intensidad de la alegre cigarra que canta el verano entero, su verano, para que las acuciosas hormigas puedan sobrevivir en el invierno. Porque, ¿cómo trabajarían las hormigas sin el canto de

las cigarras? Él fue hormiga pero quiso ante todo ser cigarra, quiso cantar y estar alegre y compartir sus hallazgos como una maravilla. Y lo hizo ante todo contra los tristes académicos sorprendidos por su asalto a la filosofía. Fue él quien comenzó a enseñarle a este solemne país acrobata incapaz de desprenderse del trapecio, que la filosofía es de todos, que todos podemos pensar, crear, hacer un mundo. Ahí están entonces sus conferencias muchas veces grabadas, sus textos fotocopiados, sus palabras echadas al aire que a todos pertenecen. Ahí están también sus textos para ser explorados, usados, para ser desnudados, devorados hasta la nuez, aprovechados. Después de él la filosofía en Colombia ha salido a la calle. A veces la encuentro por ahí, sentada en una banca del Parque Nacional, con su inconfundible figura de habitante de otra ciudad y de otra época, la cabeza tocada con el descuidado sombrero gris de ala flexible, las manos en los bolsillos y a un lado el infaltable maletín de cuero negro lleno de apuntes y elucubraciones. En ella no hay nada extraño, ni un mínimo signo que alerte a los transeúntes sobre su condición de visitante, y para todos es apenas un ser de carne y hueso que puede, al estirar las piernas, llegar a ponerle zancadilla a alguna anciana descuidada. Esa es la filosofía abierta, libertaria, que él quiso hacer, que quiso entregarnos, hecha, claro está, de pensamientos de tigre —o de Borges—: *Soy el que fui en el alba, entre la tribu./ Tendido en mi rincón de la caverna, /pujaba por hundirme en las oscuras/ aguas del sueño...*” Todo ello hasta pronunciar el nombre de Altamira. O de Lascaux, donde él tuvo una cita con Bataille, el bibliotecario troglodita.



París 1983

3. El nómada del pensamiento

Una maleta, un viejo saco de paño azul, unos zapatos. Él fue el viajero por antonomasia, el nómada del

pensamiento, que exploró todos los caminos posibles y los siguió hasta agotarlos. Pero se trata aquí de otros caminos, los que él tejió como una telaraña intrincada y que entendía a carta cabal, el camino del transcurso que enfrentó a todas las situaciones posibles, a todos los hechos, todas las entidades. Para él comenzó siendo un niño de pocos años, cuando vivíamos en nuestra inmensa casa de Serrezuela (o Madrid), cuando convocó a los bruscos miembros de su familia que luchábamos por conquistar un lugar en el mundo, para pedirnos que no tocáramos un pequeño trozo de jabón que dejaría en el baño. “Por qué?”, le preguntamos. “Porque voy a usarlo hasta saber cómo termina”. Nunca supe si él culminó el experimento. Pero lo cierto es que muchos años des-

pués, yo mismo, siendo viejo, cuando enfrenté en Lisboa una luminosa pero terrible soledad, retomé esa pregunta que fue sin duda el punto de partida de su trabajo filosófico, hasta llegar a la conclusión de que un jabón, por lo menos el suave y perfumado jabón que utilicé en mi propia experiencia, terminó como él mismo: de manera áspera, abrupta y desapacible. En una carta a mamá, firmada en París a comienzos de 1976, él había señalado su camino: en los próximos veintidós años se dedicaría de lleno a explorar el mundo de las ideas con el propósito de llegar a un

universo en el que pudiera hacer un aporte original; es posible que cuando en 1998 cumpliera cincuenta años contara con las herramientas indispensables para pensar por sí mismo. Y comenzó. En los 28 años que tenía por ese entonces se había demostrado, y nos había demostrado a los demás, que estaba llamado a tener un papel importante en la generación de pensamiento. Del alumno aplicado que había sido en el colegio de papá y en el Antonio Nariño de las señoritas Marroquín había pasado a ser un estudioso infatigable, cartesiano a carta cabal y separado de todo dogmatismo, lo que lo llevó por múltiples vericuetos a París y, concretamente, a Deleuze, su maestro indudable. Ese rigor introdujo en

*Doña Cecilia Pardo de Garavito, su madre.
Mosquera, junio de 1952.*



*Con su padre don Pedro
Antonio Garavito.
Mosquera,
junio de 1952.*



Zipaquirá, 1950.



Madrid, junio 1955.



nuestra vida doméstica un elemento exótico: el de un doctorado en el exterior, lejano de unas personas que aprendieron a leer y escribir muy cerca de la escuela pública y cuyo futuro estuvo siempre marcado por privaciones sin cuento. De manera que en febrero de 1999, cuando murió destrozado por un cáncer, acababa apenas de cumplir la primera parte de su programa y se preparaba para emprender la cuidadosa sistematización de lo que había estudiado, sin un solo momento de fatiga.

4. La creación de cierto posible

Quisiera decir, entonces, que desde siempre su vida estuvo señalada por la sed. A raíz de la muerte de Deleuze, escribió que lo importante respecto del gran filósofo francés del próximo siglo no era su biografía sino “sus conceptos, sus afectos, sus sombras, sus gestos, sus imposibilidades, sus líneas, sus velocidades, sus lentitudes y la creación de cierto posible”. Y es cierto. Igual que Barthes, él hubiera preferido que su vida se redujera “a algunos detalles, a algunas inflexiones”. Barthes hizo la lista de sus gustos y de sus no-gustos. “Me gusta la ensalada, la canela, el queso, el olor del heno cortado...”, escribió en un texto hoy en día clásico. Si yo intentara hacer su propia lista tendría que decir que le gustaban los gatos de piel sedosa, vale decir, todos los gatos, especialmente Pérez, el dulce de pera, los sombreros de ala flexible, Purcell, el francés, lo francés, inventarle canciones a su hija, en una época Mozart y *La Flauta Mágica*, en otra *Carmina Burana* y los conciertos de la Sinfónica, ir a pie, pasear por la Sabana, las tardes grises, escribir a mano con tinta azul, las mujeres delgadas de pelo rubio siempre y cuando se llamaran Consuelo, escribir largas cartas llenas de pensamientos y conclusiones inesperadas, las postales, Spinoza (todo Spinoza), Deleuze (todo Deleuze), la noche, la diferencia, El Bosco, los suéteres viejos, *Snow Storm*, las preguntas. No le gustaban las conversaciones ligeras, Hegel, los académicos circunspectos, las habitaciones impecables, la estridencia, la televisión, lo uniforme, la técnica como esclavitud, las bibliotecas enormes, las gallinas, el folclore, las corbatas, la goma, los chocolates en caja, los circunloquios, los muebles Arctecto, las voces monótonas, el calor, el tomate, los vecinos insistentes, las palabras gruesas, las explosiones de júbilo. Ahí están algunos de los fragmentos que lo llevaron de la mano por la vida. Pero esa lista, como ocurre siempre en esta clase de intentos de dispersión, sería interminable.

“Una vida es algo local y relativo”. La de él, ya lo dije, estuvo marcada por la implacable soledad. En las emocionadas palabras que escribió Manuel Hernández a raíz de su muerte, describió su ademán “enaltecedor y desértico por las terribles verdades del pensamiento”. Y Catalina Reyes, su compañera de cátedra en la sede de Medellín de la Universidad Nacional, a quien él tanto debió y todos tanto debemos, dijo con sabiduría que “su vida fue un enigma lleno de poesía”. Desde siempre, él estuvo lleno de preguntas, de inquietudes, de perplejidades, de asombros. Amaba el silencio en el que encontraba laberintos felinos. Amaba el estudio. Durante veinte y más años insomnes leyó en el mismo rincón de nuestra casa, sobre la misma austera “mesa sabia” de toda su vida, desde el maravilloso *Libro de los Por Qué de El Tesoro de la Juventud*, hasta los pasajes más intrincados de la *Crítica de la Razón Pura*, y desde los transparentes poemas de nuestra infancia hasta los desolados –y transparentes también– poemas de Fernando Pessoa. Amaba profundamente la vida y –claro–, una de sus manifestaciones más sencillas: la muerte. Veinte días después de que le diagnosticaran la enfermedad que lo demolió en tres meses, escribió serenamente el texto liminar de sus *Escritos Escogidos*: “Para un filósofo –dice–, la vida, la muerte, son relaciones moleculares de partículas en movimiento o en reposo, con lentitud o con rapidez, y que en su dinámica se afectan unas a otras para alcanzar una velocidad por fuera de la muerte, o una lentitud por fuera de la vida de un yo. Vida y muerte son afectos y movimientos que van más allá de los intentos de un sujeto por preservar lo que él llama esta vida”.

Vida y muerte. Ahora las reconstruyo en pequeños fragmentos, y encuentro que todo en ellas fue maravilloso y profundo. Comienzo entonces a explorar cada una de las palabras que hicieron su transcurso, y a entender su misterio insondable. Ahí está la palabra *umbral* que dejó sola, en el aire, instantes antes de su muerte. Está la palabra diferencia. Y también otras, ausencia, parrhesia, autonomía, heteronomía. Cada una de ellas es un mojón para hacer una nueva geografía, para dibujar uno de esos limpios mapas escolares en los que se extasió siempre por su capacidad de contenerlo todo, también de contenernos.

5. Cartas a mamá

Ahora, es posible que su retrato humano más minucioso esté en sus cartas. No en todas, claro está. Algunas eran regañonas e intemperantes, otras escritas

simplemente para enviar una de esas terribles frases demoleadoras que dejaban desconcertado a su interlocutor sin saber en qué forma podía contestarlas, otras más apenas ocasionales. Pero las ciento cincuenta y tres que le envié a mamá, o por lo menos las ciento cincuenta y tres que ella conservó, son un espontáneo testimonio de sí mismo, de sus azares y dificultades, de sus ideales, de sus propósitos. Entreverado en todas ellas cualquiera puede leer un luminoso curso de filosofía para viejitas, dictado por el amor pero también por la necesidad de encontrar una persona que oyera con ánimo desprevenido lo que él tenía que decir. “No sé por qué te digo todo esto –le escribe en su tercera carta, fechada en Medellín el 19 de febrero de 1973–. O si sé. Es que necesito que alguien esté conmigo, me entienda, se preocupe conmigo y me demuestre así que yo también existo.

Quiero existir, ese es el problema. A veces me siento como don Quijote, ya ves”. Quiero existir, ese es el problema. ¿Para qué? Para transformar el mundo. “Yo quiero transformar el mundo –me dijo el 13 de diciembre del año pasado– pero quiero que nadie lo note”. Hasta qué punto estas cartas de don Quijote lograron transformar a mamá, sólo ella hubiera podido decirlo. Pero lo cierto es que en los últimos veinte años de su vida esa mujer silenciosamente pensativa, adquirió una nueva inflexión, otra mirada. Desearía creer que en esa correspondencia, que se ha convertido en el tesoro más preciado de mi biblioteca, está la llave de una puerta secreta que sólo lograré cruzar después de mucho tiempo. Al sentarme a su amparo pienso en mamá, en lo que ella significó en mi vida, en nuestra vida.

Se llamaba Cecilia Pardo y había nacido en Choachí el 25 de abril de 1919. Su padre, Eliseo, murió cuando ella tenía cinco años cortos, y su madre, Felisa, cuando apenas llegaba a los siete. Desde siempre vivió con su abuelo materno, Gregorio, que había sido coronel del ejército liberal en la Guerra de los Mil Días, y con sus tías Riveros, Soledad y Julia que, a la usanza de la época,

permanecieron solteras para cuidarlo. Cuando el viejo se casó con una muchacha lamentable, ya era muy tarde para que ellas pensarán a su vez en contraer matrimonio. Poco después de la muerte del abuelo, Tomás, hijo del primer enlace de Eliseo (Tomás hacía política de pasillo en la gobernación de Cundinamarca), le consiguió a mamá un puesto de maestra. Y ahí comienza su odisea de muchos años por las más recónditas escuelas rurales del departamento, escoltada celosamente por Julia quien, a la postre, se convirtió en nuestra amorosa abuela en los ratos que le dejaba libre su férrea decisión de reclamar a un Estado ciego, sordo y mudo, la pensión del abuelo a que tenía derecho como hija soltera superviviente. Mamá se casó en 1943 con un maestro de escuela, y desde entonces su vida se volvió progresivamente sedentaria y hondamente angustiada.

Cuatro de las cartas a mamá (la segunda de las cuales ella no conservó, pienso yo, basándose en algún motivo relacionado con el amor que sentía por sus otros hijos) se refieren explícitamente a ese nudo ciego en que se convirtió la relación que mantuvimos con

ella en nuestra infancia. Cada uno de nosotros cerró la propia puerta a su manera, y a cada uno ella le ofreció un amoroso mundo aislado en el que encontramos los elementos suficientes para ser solitarios y al mismo tiempo temerosos ante el desamparo, seguros de nuestro futuro y –hombro a hombro– tremendamente inseguros de lo que nos reservaba el porvenir. En la cuarta de dichas cartas, enviada desde París el 10 de agosto de 1983, él, el segundo de los cuatro hijos, la retrata con lucidez. Me siento autorizado a publicar unos pocos apartes principales, en primer término porque él pertenece hoy más a sus alumnos y discípulos que a su propia familia (el “círculo íntimo” de que disponen todos los seres humanos no estuvo integrado para él por su padre y hermanos sobrevivientes, sino por sus pares académicos, todos ellos profesores, algunos en Bogotá y Medellín, la mayoría en Francia), y en segundo lugar porque fue él mismo quien autorizó a mamá a dar a conocer esas visiones de nuestra vida se-



creta a aquellos que pudieran estar interesados en lo que él pensaba sobre nuestras dificultades y dolencias. Mamá no creyó conveniente hacerlo, de manera que el contenido de las cartas quedó entre ellos hasta mucho después de su muerte, cuando la súbita desaparición de Édgar me determinó a atesorar cada una de sus palabras, inclusive aquellas injustamente duras contra mí, y descarnadas.

Pero las cartas a mamá no son sólo confidencias familiares e implacables análisis psicológicos. Son mejor, un documento desgarrador sobre la forma como se cumple el proceso intelectual en Colombia, la genealogía de sus ideas, su escritura, su entorno social, la escuela (erizada de dogmas y de estrecheces), las insalvables dificultades económicas, las mediocridades del diario vivir, la paradoja del afuera. Algún día podré publicarlas, conservando, sobra decirlo, la integridad de los nombres propios y la totalidad de los juicios de valor y las ideas. Sólo así se preservaría su auténtico valor testimonial, del cual ésta es sólo una pequeña muestra de lo que fue una mujer de comienzos del siglo XX que de alguna extraña manera echa raíces en lo que será nuestro pensamiento en las próximas décadas:

“París, 10 de agosto/83

“Querida mamita:

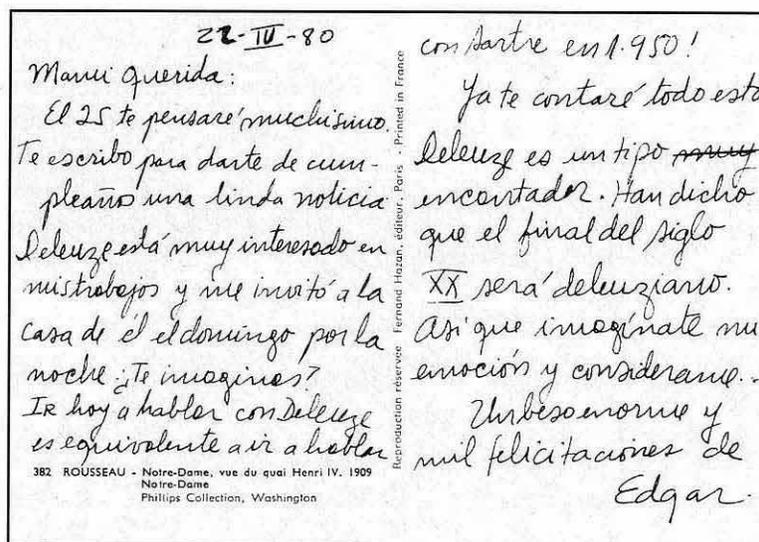
“Son las 7 a.m. Me levanté temprano a escribirte porque tengo un enorme deseo de que hablemos. ¿No te parece que ha sido por lo menos inteligente lograr desentrañar los misterios de mi vida y, en general, el enredo de aquello que pudiéramos llamar la neurosis familiar? Nadie en la casa se había acercado al misterio con suficiente claridad. El mérito de esa inteligencia me lo estoy ganando yo después de años de lucha contra los problemas.

“Anoche no dormí bien por estar pensando en ti. Tal vez lo que sucede es que quiero hablarte de ti. Son seguramente cosas que tú sabes o intuyes, pero que

para mí no estaban muy claros, probablemente porque soy menor que tú y poco sé de tus problemas de la infancia....

“...yo pienso lo siguiente: 1) Esa madre a la vez abandonica y persecutoria de la que te hablé en mis cartas de la semana pasada, tiene su origen en un conflicto de tu infancia. Por varias razones: a) Eres la 2ª hija mujer. Los 2os. hijos siempre tenemos problemas parecidos. Y ¿acaso no viviste en casa de tus tías y no con tu mamá? Eso debió ser inconscientemente doloroso. b) Fuiste huérfana siendo niña. Eso debió reforzar el sentimiento de abandono y el dolor y miedo que tenías al mundo.

“2) Siendo todavía muy joven te tocó trabajar. Tu relación con el mundo era –me parece– así= Te enfrentabas con enorme decisión pero por dentro estabas invadida por un miedo terrible. Eso se explica por el abandono que viviste cuando niña. La reacción de una niña a quien le falta la presencia de los padres es la del miedo a ese mundo peligroso que sin embargo debe enfrentar.



“3) Ya desde entonces la ley que dirige tu vida es: a) Deber hacer, deber enfrentarte al mundo y, más secretamente, b) Miedo a enfrentarte al mundo. Curiosamente esas son dos órdenes que siento que me da la madre persecutoria= a) Deber hacer, deber estudiar; b) Miedo: “Tenle miedo al mundo. No te muevas, yo te protejo”. Ordenes contradictorias nacidas de las leyes contradictorias que han dirigido tu vida. Es así como los problemas ‘se heredan’. No se trata de herencia genética, sino que una madre que cuando niña se ha sentido abandonada y ha tenido miedo al mundo, educará a su hijo en la idea de que hay que tenerle miedo al mundo. Esa madre será sobreprotectora y la sobreprotección de la madre contribuye a aumentar el miedo al mundo que tiene su hijo. Herencia a través de la educación.

“4) Cuando te casaste entonces ya estaban dadas todas las condiciones para la sobreprotección: el miedo,

